



tintaLibre

Los jóvenes Kronen se han hecho mayores

HAN PASADO DOS DÉCADAS DE LA LLAMADA GENERACIÓN KRONEN, CUANDO LA LITERATURA ESPAÑOLA DE LOS NOVENTA DIO UN VUELCO Y LAS EDITORIALES SE LANZARON A PUBLICAR A GENTE JOVEN. UN FENÓMENO QUE MARCÓ UNA ÉPOCA Y HOY DIFÍCILMENTE REPETIBLE.

El Kronen, ese bar que los sábados estaba “hasta el culo de gente”, sin “una puta mesa libre” y con “un calor insoportable”, era un antro de barrio con un cartel de cervezas Kronenbourg en la puerta. De ahí el apócope. José Ángel Mañas pasaba allí tardes y noches enteras, entre botellines y conversaciones de fútbol, música o chicas. Esas horas constituyeron la tierra en la que hurgó para escribir su famoso *Historias del Kronen*, con el que quedó finalista del premio Nadal en 1994 y revolucionó las letras españolas de los noventa. Al grupo de escritores jóvenes que publicó por aquel entonces en las grandes editoriales y que se repartía los mayores galardones del gremio se les dio el nombre de *Generación Kronen* y se les condenó al juicio de las taxonomías: ¿Durarán? ¿De verdad constituyen un clan a destacar? ¿Fueron tan buenos? ¿Ha habido algo así posterior? Dos décadas después, la radiografía es tan borrosa como era entonces aceptar que todos se debían a la misma causa. Y aquel bar de *minis* y bravas se ha convertido en una franquicia de sushi.

Bajo esa etiqueta se incluyó a una veintena de autores dispares cuyo único nexo era años de nacimiento cercanos. Marta Sanz, Javier Azpeitia, Ignacio Martínez de Pisón o Antonio Orejudo, entre ellos; aparte del citado Mañas, Ray Loriga, Lucía Etxebarria, José Bonilla o Juan Manuel de Prada, verdaderos componentes de la hornada. Con un estilo y unos intereses diferentes, a todos se les relacionó con la nueva narrativa de las ciudades. Todos parecían beber de la realidad del momento, desde la música imperante hasta el cómic.

Pertenecían a la estirpe nacida a finales de los sesenta y principios de los setenta que intentaba hacerse un hueco cultural en los años de bonanza de nuestro país. En la década de los noventa, cuando empezaron a publicar, gobernaba un PSOE con gran respaldo social, la Transición parecía sepultada por los pisotones de la *Movida* y el mercado editorial aún no era un monopolio. Muchos editores independientes, apasionados del oficio y dispuestos a remar en la misma dirección, se interesaban por lo que llegaba del extranjero, por aquellos márgenes que el franquismo y



Por ALBERTO G. PALOMO

Licenciado en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada por la Universidad de Salamanca, se dedica al periodismo desde hace unos años. Colabora habitualmente con varios medios españoles y latinoamericanos, entre ellos tintaLibre.

@albertogpalomo

Los escritores de los noventa tuvieron una educación pública, jugaron con libertad en la calle y accedieron a la música y el cine de otros países

la tierna democracia habían desechado, y por lo que afloraba dentro de nuestras fronteras.

Los que tomaron el relevo de Miguel Delibes, Juan Benet o Camilo J. Cela al acabar la dictadura se caracterizaban por su costumbrismo y, en la mayoría de casos, su origen rural. Y ya estaban dentro del sistema. Muñoz Molina, Luis Landero o, poco después, Javier Cercas continuaban preguntándose por la situación política de España, rememorando la infancia, los años grises, la llegada a las capitales del país a hacerse un hueco. Con ecos de las letras centroeuropeas, de los pensadores clásicos y el testigo castizo del odio al punto y seguido. Supusieron una suerte de continuo para una audiencia formada, académica.

En los años que nos ocupan ganó la improvisación. La velocidad y las palabras de la calle. Los escritores de los noventa tuvieron una educación pública (adiós a las crónicas de aquellos colegios castrantes religiosos), jugaron con libertad en la calle y escucharon y vieron cintas y películas de los artistas extranjeros del momento. Su ocio ya no era una recompensa, sino un fin en sí mismo. Y en esa analogía con el juego, se convirtió en algo lúdico repleto de escarceos sexuales, altavoces a todo volumen y drogas.

UN GRUPO LITERARIO DIVERSO

A nadie le interesaba ser “de ceja alta” -como clasificó Umberto Eco a lo intelectual-, recordar a los filósofos franceses o detenerse en descripciones detallistas sino llamar *abecé* al periódico, *jotabé* al licor y *emetreinta* a la circunvalación más transitada de Madrid. Los libros se llenaron de versos de punk en inglés, de nombres de discotecas y de tipos nihilistas, desencantados con el mundo, que buscaban en el fondo de las copas el sentido de la vida. “Dormía muy poco. Salía todas las noches. Por las mañanas, mientras volvía a casa o directamente al trabajo, me sentía al principio o al final de algo. Los días se arrimaban en espiral. Arrastraba la sensación contante de estar herido”, escribe Ray Loriga en *Héroes*, ejemplo de 1993 que ilustra lo dicho y secuela de *Lo peor de todo* (1992), lanzadera original del grupo.

¿Por qué y de dónde surgió esta denominada primera generación de escritores de

la democracia española? Como casi todo lo referente a las listas, de la prensa. Aunque las antologías ya eran habituales en países como Inglaterra o Estados Unidos, a España apenas habían llegado en forma de índice enciclopédico y no de publicación popular. Los suplementos culturales de fin de semana, con *Babelia*, de El País, a la cabeza, empezaron a reclutar a los nacidos en los cincuenta, dándoles espacio tanto en reseñas como en sus columnas. La editorial recién nacida Lengua de Trapo, al mando de Antonio Álamo y Javier Azpeitia, publicó en 1997 el conjunto de relatos *Páginas amarillas*, con un índice de 38 autores. Más tarde, el sociólogo Luis Mancha lo reunió en una tesis sobre este fenómeno. Y hace unos meses la actualizó en forma de documental, titulado *Generación Kronen*.

“Nos aglutinaron a todos por fecha de publicación o de nacimiento, y éramos muy diversos”, cuenta en él Marta Sanz. Luis Magrinyà acentúa la afirmación: “No éramos de tertulias en café. Si existió tal grupo, a mí no me llamaron”. Casi todos lo ratifican. El hermanamiento les sirvió para conocer las obras de cada uno, para coincidir en festivales o para renovar el catálogo de las librerías al alimón, pero ninguno se sentía en una estructura compacta, con lugares de encuentro mutuos a lo café Gijón de antaño o una amistad extraliteraria, a pesar de que el grueso de los componentes residía en Madrid y se movía por los mismos ambientes.

El eventual ascenso tuvo más que ver con las dinámicas del marketing que con el andamiaje de un apartado especial de literatura española. Nacían autores que decían lo que veían y cómo lo veían. Que hablaban a sus contemporáneos con su lenguaje, con su prisma de hastío vital. “Si he aprendido algo en estos años es que todo lo que no tenías a los 15 será precisamente lo que más recuerdes de ahora en adelante. Así que no queda tiempo, tienes sólo cuatro o cinco años para ser un verdadero santo adolescente y toda una jodida vida para arrepentirte de no haberlo sido”, se atrevía a recomendar un núbil Loriga en su *Héroes* dedicado a David Bowie, Bob Dylan y otras referencias norteamericanas.

Allí, los *beat* habían marcado en los sesenta el terreno del desenfreno, de los renglones



Prensa: Mensual
Tirada: 50.000 Ejemplares
Difusión: Sin datos OJD

Sección: CULTURA Valor: 8.000,00 € Área (cm2): 1263,5 Ocupación: 100 % Documento: 2/3 Autor: Por ALBERTO G. PALOMO Núm. Lectores: 0

tintaLibre

sin puntuación y de la divagación como argumento. España siguió la secuencia iniciada por Bret Easton Ellis en 1985, cuando cambió a los buscavidas de carretera y manta por los burgueses de Los Ángeles con *Menos que cero*. Dedicando sus obras a John Fante, padre literario de Bukowski, Ellis decía en las primeras páginas: "Estoy sentado en la consulta de un psiquiatra. Tengo resaca de coca y sangro al estornudar (...) Me pregunta algo. Le digo que no sé lo que va mal. Que a lo mejor se trata de algo que tiene que ver con mis padres, pero no creo, o quizás con mis amigos o simplemente que a veces me encuentro perdido. También puede tratarse de las drogas".

Y lo mismo pasó aquí. El compromiso político se trasladó a la espontaneidad que emerge del propio ombligo. Al latido del rock, las noches y las discusiones de sofá y cigarrillos, como esta de *Beatriz y los cuerpos celestes*, de Lucía Etxebarria:

-¿Qué estudias? Literatura, ¿no? (...) No entiendo cómo alguien puede estudiar literatura: los libros se leen o no se leen, y punto. No se estudian. Lo que es yo, además, no he entendido eso de la crítica literaria. Si alguien tiene que venir a explicarte un libro, es que no has sentido nada al leerlo. Malo.

-Eso es discutible. Un texto no se entiende sin sus condicionantes: sociedad, historia, psicología, grado de libertad...

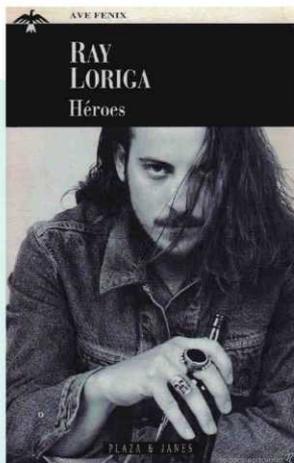
-Y un huevo. Un texto debería entenderse por sí mismo, o

cada lector debería entenderlo a su manera. Darle al texto un contexto, una explicación, significa imponerle un límite, dotarlo de un significado final, cerrarlo. O sea, que una vez la sacrosanta crítica ha dictaminado la opinión, el texto está explicado. Victoria para el crítico, y control del lector, al que no se le permite la existencia de un criterio propio.

UN FENÓMENO IRREPETIBLE

Mañas, Loriga, Juan Bonilla —que, en *Los príncipes nubios*, sostiene: "Supongo que estaremos de acuerdo en que lo fundamental de una historia, de cualquier historia, es lo que empuja a alguien a narrarla: eso es más importante que la sustancia de la propia narración"— Etxebarria y Juan Manuel de Prada. Veinteañeros, nuevos rostros en certámenes, rupturistas y no especialmente tenidos en cuenta por los periódicos serios ni las revistas clásicas. "Ellos saben perfectamente, y ésta es su mayor angustia, quiénes son buenos y quiénes son mediocres; y reservan sus alabanzas a los mediocres, que son los que no pueden hacerles sombra ni quitarles

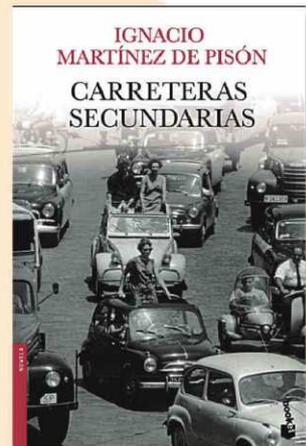
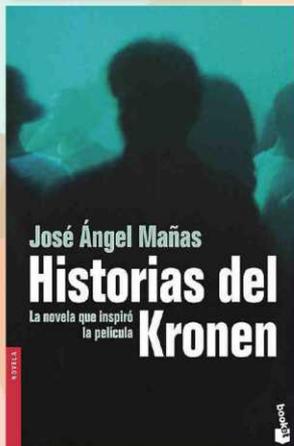
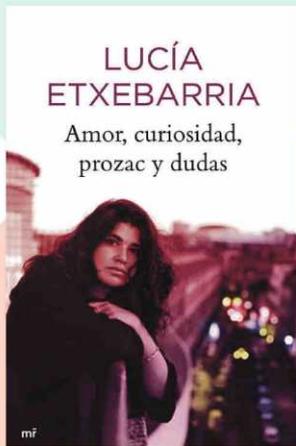
Portadas de libros de diversos autores que fueron significativos de la Generación Kronen.



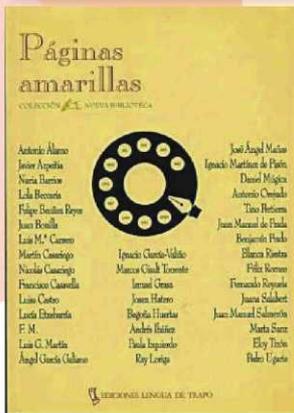
el sueño", observa precisamente el último en su reciente novela, *Mirlo blanco, cisne negro*, publicada por Planeta y definida por el autor como "una confesión a través de la ficción, una especie de psicoanálisis torrencial de mi experiencia literaria, de mi vocación, de los avatares que ha sufrido".

El recorrido al que se refiere es al de ser una estrella fulgurante que de repente se ve sin respaldo editorial ni abrigo mediático. "Son muchos los llamados y pocos los elegidos" o "No había estéticas diferentes, sólo una lucha por la visibilidad", acierta a decir en el documental Constantino Bértolo, descubridor de algunas de aquellas promesas gracias a Caballo de Troya, sucursal del gran grupo Penguin Random House Mondadori. "La época quería y nosotros hicimos", cuenta Juana Salabert.

"El concepto apareció por primera vez (creo recordar) en la revista Tiempo; luego



"Fue uno de esos raros momentos en los que la industria editorial se abrió a la novedad", comenta José Ángel Mañas al hablar de los noventa



lo ha retomado Luis Mancha. Yo no tengo por costumbre bautizar generaciones. Supongo, eso sí, que cuando la gente lo emplea, a algo querrá referirse. Yo soy algo más joven que el resto de la gente a la que se me suele asociar, y generacionalmente no me siento del todo afín a escritores como Ray Loriga o Lucía Etxebarria. Pero me gusta lo que hacen, cada cual en su línea", responde José Ángel Mañas a tintaLibre reconociendo que ahora sería difícil algo parecido. "Fue un boom editorial en un momento boyante en el cual podían suceder estas cosas. Con el mercado editorial tal y como está hoy en día (deprimido, anémico), difícilmente puede volver a repetirse. Digamos que el éxito de *Historias del Kronen* animó a las editoriales a buscar un perfil de escritor joven que hablaba de la noche y las drogas y esas cosas. Fue uno de estos raros momentos en los que la industria editorial se abrió a la novedad. Como suele ocurrir, entró mucha gente. Unos buenos, otros menos". "Había dinero y estábamos vendiendo mucho. El éxito llama al dinero. Siempre ha sido así. En mi caso, que >>>



tintaLibre

» conste, mis contratos nunca fueron exorbitantes. Creo que alguna de la gente que vino detrás sacó más tajada que yo mismo".

Para hacerse una idea, a principios de siglo las primeras tiradas podían ser de 10.000 ejemplares. Ahora es raro que un gran grupo imprima más de 2.000 de un autor consagrado. Los contratos, por ejemplo, también eran cuantiosos y en bloques de dos o tres libros. Así se fidelizaba al escritor y tenía margen de creación. Ahora, un cuarto de lo publicado es digital, se ha desplomado la facturación y los autores perciben porcentajes minúsculos que difícilmente les permiten vivir del oficio. "Lo de ahora es un charco y en un charco no se

Un fotograma de la película *Historias del Kronen*, dirigida por Montxo Armendáriz en el año 1995.

Carrión, Vicente Luis Mora o Eloy Fernández Porta conformaban esa cuadrilla de literatos que desfragmentaban la trama o incluían otras referencias artísticas como la fotografía o la pintura, a modo de *collage*. Y en estos años se asoman nuevos creadores que usan las redes sociales como canal donde producir e intercambiar su obra.

Ha sido de nuevo Lengua de Trapo quien los reclutó para una antología. Esta vez llamada *Última temporada, nuevos narradores españoles*. La preparó Alberto Olmos, nacido en 1975 y finalista del Heralde de Novela a los 23 años con *A bordo del naufragio*. Testigo y parte de los tejamanes del panorama litera-

atención o poner un gran SOS sobre el desierto de nuestra vocación".

¿Si no, qué pasará con aquellos que escaraban argumentos entre botellines de cerveza en bares que no sean franquicias de sushi? No sabemos. El "drama" de la *Generación Kronen* es que vivieron la gloria y ahora se las ven canutas. No como los que ya han nacido con el muro en las ventanas. ¿Y para los lectores? "Tenemos una literatura vieja, aburrida; un premio Nadal echado a perder y cuyos ganadores no importan a nadie. Decenas de escritores jóvenes cuyos libros son prácticamente inencontrables, pues las grandes editoriales ya no están interesadas en publicar a menores



puede nadar. Ya puede ser uno un pez espléndido y tener las mejores aletas y pulmones del mundo, que sin agua no hay nada que hacer. El agua es el dinero. Hace falta un mercado para poder desarrollarse profesionalmente, y ese mercado ahora mismo está hundido", alude Mañas.

"Más allá de que el mundo esté cambiando y convierta la literatura en una pasión inútil, creo que los editores han contribuido a acabar con la literatura como medio de vida. A mí es un tema que me parece preocupante, porque evidentemente la literatura existirá siempre, supongo, pero lo que es evidente también es que la literatura como medio de vida se ha terminado", afirmaba rotundo Juan Manuel de Prada en una entrevista a propósito de su último libro.

Las generaciones, no obstante, se han seguido sucediendo. En la primera década del presente siglo tuvimos a la *Nocilla*, denominada así por la trilogía homónima de Agustín Fernández Mallo. Así las cosas, Jorge

A principios de siglo, primeras tiradas podían alcanzar los 10.000 ejemplares. Hoy es difícil que un gran grupo edite 2.000 de un consagrado

rio actual y de la época, Olmos defiende que "todo autor un poco digno que se vea metido en una generación hará bien en desmentirlo", pero cree "evidente" que "en los años noventa se sucedieron una serie de autores que tenían en común su juventud, nuevas referencias culturales (no exclusivamente literarias) y algunos asuntos, como la vida nocturna y el ocio de los hijos de las clases acomodadas" que lo más parecido hoy sería una generación de *youtubers*.

"Seguro que hubo una burbuja editorial. Pero también es seguro que José Ángel Mañas o Ray Loriga llegaron a vender tantos libros que hoy en día serían considerados los salvadores del sector editorial, aunque yo no conozco oficialmente y con liquidaciones delante cuánto vendieron con exactitud", opina Alberto Olmos a través del correo electrónico, recordando que lo primero, en cualquier caso, pasa por escribir una buena novela y que la cuestión va más allá de etiquetar para, "a modo de guerrilla", "dar visibilidad, llamar la

de 30 años y, finalmente, miles de lectores potenciales -los más jóvenes- para los cuales la literatura es ese lugar donde no se habla de ellos. Es decir: un futuro muy negro para los libros", aventura Olmos.

"Es verdad que muchas de aquellas novelas eran una auténtica mierda y que varios de los autores que lloriquean en el documental *Generación Kronen* no se merecen otra cosa que el olvido en el que penan, pero la propia *Historias del Kronen* sigue siendo un digno testimonio -¿y qué otra cosa es la literatura sino testimonio?- de la vida en Madrid en los años noventa, Ray Loriga tiene grandes libros en su haber (cuando digo grandes, digo que podrán ser leídos con placer dentro de 50 años) y Juan Manuel de Prada escribe novelas de una solidez y pujanza que nada tienen que envidiar a, pongamos, Gonzalo Torrente Ballester. Asimismo, autores como Juan Bonilla, Belén Gopegui o Antonio Orejudo son fruto de aquellas alegrías. No es poca cosa, la verdad", resume. ♦